



Enrique Lihn o el Desafuero De la Poesía

Por EDMUNDO CONCHA.

Lo natural y lo tradicional es que un poeta se sienta inspirado por determinados lópicos —su intimidad, la naturaleza, el prójimo, etc.— y escriba, desde su propia perspectiva, sobre ellos. Son, para este caso, las leyes del juego.

Pero se vive en una época tan revuelta en todo que hasta esas leyes parece que ya estuvieran derogadas, pues algunos poetas sienten que ya no les sirven y, al no reemplazarlas por otras, se autoconfinan en un fuero que, en aras de la libertad formal, los conduce a veces al descarrío o al caos.

He aquí un caso, protagonizado por uno de los poetas jóvenes mejor dotado de las últimas promociones, Enrique Lihn. Sus primeros libros mostraban una poesía original, profunda y capaz de conmover la sensibilidad de los lectores y comentarlos incluso al paraiso perdido. Su "Vejez de Narciso", inserto en su primer libro, es un poema digno de la más exigente antología, y cosa semejante puede decirse de otras muestras de su "Poemas de este tiempo y de otro" y especialmente de "La pieza oscura".

Pero algo anormal, como un accidente subjetivo, una ruptura con el pasado lo acometió a la poesía de Enrique Lihn, víctima de una crisis que ya se anunciaba gradualmente en sus dos volúmenes anteriores, editados en el extranjero, "Poesía de Paso" y "Escrito en Cuba".

Aquí, demostrándolo, está su última obra, "La mosquitta de las pobres esferas", título de suyo atónico. Se trata de un libro (publicado por la Editorial Universitaria) donde la poesía es tomada casi como un pretexto para disparar en contra de ella. En sus páginas, el autor entrega textos demostrativos de la inutilidad de cualquier poema, porque —y he ahí el fondo de su problema— ya ninguno le parece verdadero y por tanto necesario. El mismo reconoce esta limitación cuando dice: "Que otros por favor vivan de la retórica; nosotros estamos simplemente ligados a la historia; pero no somos el trueno ni manejamos el relámpago. Algún día se sabrá que hicimos nuestro oficio el más oscuro de todos". Así el poeta pone en cuestión su palabra, su ritmo, su mensaje. Y, a mayor abundamiento, el prologuista Waldo Rojas le certifica también de

entrada: "Poemas que son documentos de un conflicto: la destrucción de la poesía misma; pero la destrucción justamente a través de ella, serpiente alquímica que devora su cola". Por esta camino de la antipoesía, Lihn llega a la snobide, de lo cual puede desprenderse que si dejara discípulos, ellos terminarían con los labios sellados.

Obviamente que esta destrucción no es directa. Lihn hace rodar por varios puntos de referencia: Babilonia, su infancia, el tren nocturno, la revolución, etc., todos desarrollados en prosa narrativa lírica y directa, contada a la manera moderna: en cualquiera parte. Es, desde luego, fácil entender esta poesía neorológica y sin misterio; lo difícil es emocionarse frente a ella, cosa que al parecer a su autor no le preocupa. A él visiblemente le obsede un solo propósito mayor: poner en evidencia el naufragio de la poesía, empezando por la suya, hazaña que lo convierte en un pionero al revés.

El espectáculo que aquí da Lihn resulta ciertamente menos poético que dramático. Y pareciera que su drama consiste en gastar muchos esfuerzos en la cara anarquizada de la emoción que en la búsqueda de nuevas formas para expresarla, formas que lo distinguen más ostensiblemente de sus iguales. El drama, la rebusta reiterada y vana de otro lenguaje, no puede ser pequeño para quien llega a contestar: "Porque escribí estoy vivo".

Surge entonces una pregunta: los temas de la poesía, que son tantos, ¿pueden en su trasfondo reducirse a un trampolín para que el poeta, lanza en rioste, atremeta contra su propia masa? Depende. En un país fatigado, donde ya todo se ha llo a pique, hasta la esperanza, acaso se justifique esta poesía agónica y apocalíptica, pero no en Chile, país que está solo "en el primer piso de su construcción" y donde cotiguientemente los grandes temas están esperando a los poetas en todas las esquinas, en particular a los de avanzada.

Y los temas elegidos cuidadosamente por Lihn en este volumen están casi todos maculados por el desencanto, el escepticismo, la repulsión. Véase una muestra: "En esta maldita esbo todo el fango del mundo y de sus alrededores, cualquier pequeña historia son, la idea del pecado original y

eso | de ser capado a uña y sin dolor, entre misterios idiotas lo que es el colmo de la humillación".

¡Que cada poeta, es dueño de escribir sobre lo que le place! Conforma, pero a la pública, los lectores tienen también el derecho de encontrar algo suyo en esos textos, pues de lo contrario el poeta hace el papel de quien azara solitarios.

En cualquier caso "La mosquitta de las pobres esferas" trasciende el pathos personal de su autor y revela una crisis mayor de la poesía chilena de los últimos años, formada en general por poetas muertos o medianos que para destacarse han tenido que recurrir frecuentemente a los trucos, tales como la anecdota periodística, la crudeza inmotivada, la demagogia populista, la antipoesía y otros anti de moda.

Y Enrique Lihn, uno de los pocos poetas premisorios, ha caído ahora (así bien en un continuéndice: escribir un libro de poesía cuyo fondo es la propia falta de fe en ella. ¡Cualquiera diría que en torno de este poeta moso, descendiente roxigado de los poetas malditos, el mundo se ha venido abajo! Y no, el mundo más bien se ha venido arriba, con hombres y todo. Basta mirarlo sin prejuicio y sin curas en salud. El hombre ha llegado con sus propios pies a la Luna.

Por supuesto que de este modo no se pide una poesía optimista, moralizadora, renfiada y alegre estilo "viva la virgen", cosa que equivaldría a pecar por el otro extremo. Sólo se desea leer en letra de imprenta una poesía que sea simbólicamente representativa de la condición humana con todas sus esudas y con todas sus grandezas, y no una poesía enlutada, como una masa negra, y sin mayores relaciones con las vivencias de los lectores.

Mas, por mucho que Enrique Lihn haya perdido la fe en su poesía, sus lectores —y yo especialmente, que la he festejado— no hemos perdido la fe en la capacidad de este autor. Quien escribió "La pieza oscura" no tiene derecho a decir nihilistamente ahora: "Me importa un trueno la belleza, con su chancero. Ni la perversión ni la conversión existen". Ojalá que todo esto equivalga a una boudade, o a una crisis transitoria, y que pronto, superado este extravío por los infernos artificiales, la poesía fundamentalmente humana de Lihn vuelva en próximos volúmenes a reencontrarse consigo misma.

Enrique Lihn o el desafuero de la poesía [artículo] Edmundo Concha.

AUTORÍA

Concha, Edmundo, 1918-1998

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Enrique Lihn o el desafuero de la poesía [artículo] Edmundo Concha.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile